

Sumario*Página 1***Editorial: Sans enchuf***Página 3***Crisis financiera internacional.****El lado oscuro de los fundamentos****Por Leonardo Perichinsky***Página 13***Dónde y cómo estamos
Reflexiones a partir de las
cuentas de producto del II
trimestre 2008****Por Miguel Zanabria****Y Rafael A. Selva***Página 20***Luz amarilla en el mercado de
trabajo y la creación de empleo****Por Germán Saller****Staff****DIRECTOR**

Lic. Gerardo De Santis

CONSEJO EDITORIAL

Lic. Alfredo Injiguez

Dr. Pablo Lavarello

Lic. Leonardo Perichinsky

Lic. Miguel Zanabria

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

Lic. Germán Saller

Lic. Rafael Aristides Selva

Lic. Julián Barberis

Lic. Agustina Battistuzzi

Lic. Matías Mancini

Lic. Gonzalo Peña

ÁREA DE PRENSA

Lic. Edgardo Corropoli

Lic. Luciana Lanzí

Entrelíneas de la Política Económica

Editorial: Sans enchuf

Y Europa dice que pagará el rescate y las bolsas volaron. El patético exitismo de los chicos de las finanzas contrasta con las dificultades sistémicas de un régimen monetario en franca decadencia.

Una primera mirada, no por eso menos cierta, nos muestra que la Unión Monetaria Europea pudo con un anuncio lo que no pudo Estados Unidos con una Ley, varios rescates y promesas infinitas.

Obviamente, no es que pudo o puede resolver el problema; pudo simplemente que un anuncio genere efecto. Para el mundillo bursátil que sigue enfrascado en la posmodernidad, ya con demasiada sobrevida, alcanza y sobra con el anuncio para seguir simulando, aunque sea un poco más.

Para Eduardo Gruner el fin de la posmodernidad se produjo con la caída de las Torres Gemelas. Fue la terrible aparición de "lo real" en un mundo virtual. Es como el efecto de un yuppie de las finanzas, nuevo desempleado, yéndose con la caja de papeles y portarretratos de su ex trabajo. Esa imagen pegó más que los miles de millones de dólares (ficticios) prometidos por la Reserva Federal de los Estados Unidos.

Quizá el fin de la posmodernidad llegó porque estaba colapsando un modo de acumular exageradamente desligado de "lo real". La creación de capital ficticio, la valorización a través de la bolsa, para crear una expansión económica, nunca fue tan al extremo como en estos últimos cuatro años (aunque conceptualmente "la cosa ficticia" viene creciendo desde la ruptura de sistema Bretton Woods a principios de los 70).

Entre 2003 y 2007 el resto del mundo aportó 10 billones de dólares (o sea 10 millones de millones de dólares, por si tenemos algún lector que razona con cerebro anglosajón) para financiar a los Estados Unidos. En el mismo período, el flujo de capitales hacia Estados Unidos que se destinó a la compra de activos físico (IED) representa solamente poco más del 10% del total. Estados Unidos duplicó, en términos de PBI, se deuda externa total en estos cuatro años.

Para Immanuel Wallerstein, la caída del muro de Berlín marcó el fin de 200 años de liberalismo. Para Hosbawn, significa el fin de un siglo corto que va desde la revolución de octubre hasta la consolidación de su implosión. Lo cierto es que el triunfo del capital no logra traducirse en el inicio de una nueva era. El muro se cayó para los dos lados, y entre sus principales manifestaciones surgen la existencia de un mundo multipolar (aunque fuertemente jerarquizado) y las dificultades de los Estados-Nación para configurar una nueva regulación del capitalismo a nivel mundial.

Justo el mismo año que se cayó el muro, Estados Unidos pasó de ser acreedor neto del mundo a deudor neto. Empezó a huir hacia delante simulando ser la potencia hegemónica. Durante estos últimos años, en el plano geopolítico empezó a ser más evidente lo que ya mostraban los datos en el plano monetario.

Las dificultades de los Estados ya son claras en materia financiera: los privados manejan volúmenes de activos financieros que superan ampliamente los números de los Estados. En el flujo financiero entre Estados Unidos y el resto del mundo hay involucrados activos

financieros por valor de 32 billones de dólares (32 millones de millones), esto equivale a medio PBI mundial y 10 veces el mega rescate anunciado entre Europa y Estados Unidos (el cual es totalmente desproporcionado en relación a sus presupuestos públicos). Esta desproporción muestra un nuevo triunfo del capital financiero sobre los Estados nacionales, rehenes de las necesidades de liquidez de los primeros. El pasaje de un crack financiero a una crisis de sobreproducción generalizada escenario que hasta hace unos meses era considerado altamente catastrofista es la manera de hacer efectiva sus amenazas.

Pero, como se plantea en la nota sobre la crisis financiera, en el momento de la crisis tanto lo financiero como lo monetario se encuentran subordinado a lo que ocurra en el plano de la economía real. En ese momento, lo real toma preponderancia frente a la virtualidad de la gran masa de capital ficticio que pretendía valorizarse sin pasar por la producción. Si sólo estamos en presencia de un crack bursátil con serios trastornos en la cadena de pagos del sistema financiero o si vamos hacia una severa depresión mundial se definirá por la capacidad de los Estados Nación de contener una caída de la demanda efectiva. Para que haya una depresión mundial tiene que haber una crisis de sobreproducción. Y en este sentido la clave es si el mundo en general, y los principales países asiáticos en particular, podrán compensar el derrumbe del consumo norteamericano y europeo. El nivel de inversión y especialización en bienes que consumen los norteamericanos, por parte de las principales economías asiáticas, parecería indicar que la tarea no es nada sencilla.

Durante los últimos años, estos países se han estado especializando como proveedores de las economías más afectadas por la crisis actual. No parece razonable entonces esperar que tengan una demanda externa sostenida durante los próximos años. Lo más probable es que estos países traten de "exportar" el ajuste a sus países proveedores de materias primas.

Si el mundo va en esta dirección, en primer lugar, para la economía argentina, lo mejor será seguir desenchufada del delirio financiero de los países centrales. De todos modos, si resta algún trasnochado que no aprendió el final de ese juego, tampoco parece razonable esperar para los próximos tiempos burbujas en países emergentes.

La receta que ya conocemos y funcionó muy bien hasta el 2007 ganancias empresarias elevadas motorizadas por tipo de cambio relativamente alto, con impulso a la demanda interna a través de leves aumentos del salario- ya no alcanza. Los ajustes de cantidades pesan sobre los de precios. La competitividad pasa a estar asociada a la defensa de los avances logrados en materia de empleo, demanda interna y producción, completando los eslabonamientos productivos faltantes en un esquema de integración regional. Reducir todo a una política de tipo de cambio alto, buscando encorsetar los aumentos salariales con veladas amenazas de despidos, esconde la incapacidad del empresariado local de ir más allá de la competitividad espuria.